

## EL PARQUE-MUSEO QUIMBAYA\*

Por: Luis Duque Gómez (1)

El acto que hoy se cumple tiene una especial significación para el progreso de las investigaciones arqueológicas en Colombia y constituye la feliz realización de un justificado anhelo regional, manifestado desde hace varias décadas.

Porque en estas tierras ubérrimas de Quindío y Risaralda, se ha rescatado buena parte del patrimonio arqueológico nacional, que enriquece en la actualidad nuestros museos y los del exterior. Ellas guardan todavía la clave para resolver muchos de los problemas que aún se plantean acerca del origen y difusión de las principales culturas indígenas que florecieron en la cuenca del Cauca, y sobre el proceso mismo de su evolución.

Aquí quedó, como testimonio de su inspiración artística y de sus complejas creencias mágico-religiosas, esa sorprendente orfebrería, considerada hoy como la más extraordinaria de la América Precolombiana. Por eso cuando se inicia la conquista de la tierra-adentro, en el primer tercio del siglo XVI, que revela ante los ojos anhelantes de los conquistadores la verdadera realidad antro-po-geográfica del mundo americano, los expedicionarios europeos van llegando a estas comarcas, procedentes del norte y del sur, atraídos por la fama de la riqueza de los nativos y por el buen temple de las provincias donde se ubicaban sus asentamientos.

El relato apasionante de Cieza de León en su famosa obra titulada "La Crónica del Perú" y varios de los capítulos de otros libros suyos, igualmente interesantes, como "La Guerra de las Salinas" y "La guerra de Chupas", nos pintan con vivos colores lo que fue ese arribo de los peninsulares y sus recorridos por los largos e intrincados caminos de la Zona Andina, desde Urabá hasta Cali, Popayán y Pasto, con suma de detalles acerca de los usos y costumbres de las tribus que moraban en los territorios del Viejo Caldas. No lejos de aquí, quizás en alguno de los ranchos iniciales de la antigua Cartago (hoy Pereira), empezó Cieza de León a escribir sus relatos, en 1541, y los terminó en Lima, en 1552. En ellos consignó el detalle de todas las peripecias de sus azarosas corre-

rías, a la vez que sus admirables observaciones sobre las tribus y las características geográficas de sus provincias.

Y es que Cieza de León era casi un niño cuando se enrumbó hacia el Nuevo Mundo. A poco de llegar a Cartagena se enroló en la expedición de Juan de Vadillo, que hizo el tortuoso recorrido por las tierras selváticas de Urabá y de la Cordillera Occidental, hasta salir, casi destrozada, a las proximidades de Cali, después de sufrir penalidades sin cuento y de ver morir de hambre y de agotamiento físico a la mayor parte de sus integrantes.

Reorganizado el grupo expedicionario y reforzado con los que al mando de los tenientes de Belalcázar venían del sur, se inició un nuevo recorrido, hacia el norte, esta vez al mando del capitán Jorge Robledo, siguiendo las fértiles y pintorescas márgenes del río Cauca, pobladas de numerosas agrupaciones aborígenes, organizadas en pequeños señoríos y que habían logrado una adecuada explotación agrícola de sus tierras y el aprovechamiento de importantes recursos naturales. La agricultura del maíz y de otros frutos como el maní, el chontaduro, la yuca y otras raíces y tubérculos, y la explotación del oro, el cobre, la sal, tornaron a estos pueblos de nómadas en sedentarios y les permitieron organizar sus talleres de orfebrería y de cerámica, sin haber dejado de alcanzar refinados productos en sus hilados y tejidos, de los cuales, si bien no poseemos muestras arqueológicas, por su naturaleza perecedera, nos quedaron las noticias de los cronistas, en las que se pondera, con entusiastas frases, la galanura, el colorido y la suntuosidad de los mantos que, tachonados de aplicaciones de oro, lucían los caciques y demás gentes principales, con ocasión de sus areitos y festividades conmemorativas.

Juan Bautista Sardella y Pedro Sarmiento, escribanos de Robledo, completan este cuadro etnohistórico de la época de la Conquista, cuyas informaciones constituyen fuentes de primera mano del siglo XVI, fundamentales para tener una visión, al menos aproximada, de los pueblos que aquí vivían, que si bien compartían pautas culturales similares, originadas quizás en una herencia de procedencia mesoamericana, presentaban, sin embargo, algunos rasgos peculiares, posiblemente por razón de influencias recibidas en distintas épocas, a través de los pueblos vecinos que moraban en la vertiente del Pacífico, en las regiones Orientales y aun de los que vivían al sur de los Andes colombianos.

(1) El Doctor Duque Gómez es conocido arqueólogo y actualmente es el director de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas, creada por el Banco de la República

\* Conferencia en la ciudad de Armenia con ocasión de la iniciación del proyecto del Parque—Museo Quimbaya que adelanta el Banco de la República.

Estos rasgos se acentuaron todavía más con la formación laberíntica que tienen aquí las cordilleras, que parcela los espacios geográficos en numerosos valles longitudinales y transversales, completamente delimitados por accidentes geográficos, un hecho que influyó no poco para que la realidad social y política de los tiempos precolombinos se parcelara también en numerosos cacicazgos, lo que impidió la formación de grandes estados, como sí ocurrió en otras comarcas americanas, especialmente con el dilatado imperio de los Incas.

La riqueza deslumbrante de los nativos, que vivían en sus bohíos rodeados de toda suerte de utensilios de oro, engalanados con numerosas joyas y cuyos conjuntos guerreros salían al combate prácticamente vestidos de oro de pies a cabeza, con yelmos, grandes boseras, coseletes, puñetes y polainas, como lo atestiguan Cieza de León, Oviedo, Aguado, Piedrahita, Simón, fray Jerónimo de Escobar, Guillén Chaparro y otros escritores de los siglos XVI y XVII, fue paradójicamente el presagio de su ruina, por la insaciable ambición de los descubridores, que no dieron tregua a sus andanzas hasta no dar con los sitios de procedencia de tan fastuosa riqueza. Al fin, como en otras regiones de la actual Colombia, estos objetivos trazaron la ruta de los asentamientos definitivos de los españoles. Este fue el signo del poblamiento en esta primera fase de la conquista de la Zona Andina: consolidar una gran empresa minera, cuyo beneficio iría a realizar la ilusión que había alentado la aventura de soldados y capitanes, a la vez que sería el fruto dorado esperado con impaciencia durante cerca de medio siglo por el lejano Monarca, para resolver sus dificultades económicas internas y para costear la guerra que libraba contra otros reinos, que trataban de escamotearle el aprovechamiento de la riqueza de sus vastos dominios de América.

Santa Ana de los Caballeros o Anserma, en 1539, Cartago (hoy Pereira) en 1540 y Santiago de Arma, en 1542, fueron los núcleos primigenios de los establecimientos españoles en el Viejo Caldas, asentados justamente en aquellas regiones donde el esfuerzo nativo explotaba la minería del oro y elaboraba su esplendente joyería.

La rebeldía de las tribus, que recibió a los extraños visitantes al son de la guerra; los trabajos forzados en los socavones de los filones auríferos, las pesadas cargas tributarias, y en especial la cruenta guerra librada por los españoles contra los belicosos Pijaos, que se prolongó por cerca de doscientos años y se decidió con la acción intrépida del Presidente Don Juan Borja, cuyas huestes aplicaron a los valerosos y rebeldes nativos la táctica de la tierra arrasada, terminaron la población aborigen, con grave perjuicio de los puestos de los españoles: Cartago se traslada a parte más segura en 1691, Santiago de Arma languidece en la segunda década del siglo XVII y termina por ser mudada al valle de San

Nicolás de Rionegro, en Antioquia, y Anserma logra subsistir algún tiempo más, gracias a la naturaleza defensible de las colinas donde se ubicaba y que le permitieron resistir las últimas embestidas de los diezmados nativos en su desesperado intento por recuperar su perdida libertad.

Y así, los campos antes animados con los numerosos bohíos, semi-ocultos entre los espesos arcabucos o guaduales, quedaron entonces casi solitarios. Una densa selva creció sobre las ruinas de la población nativa, una selva silenciosa, apenas si perturbada por las caravanas de viajeros que transitaban el peligroso y difícil "Camino del Quindío", descrito por los viajeros europeos que recorrieron el país en los tiempos que siguieron a la Independencia. Humboldt, André, Hamilton, y otros científicos del Viejo Mundo, nos dejaron emocionadas páginas, sobre el que juzgaban como el verdadero paraíso para los estudios sistemáticos sobre la naturaleza americana en lo mucho que ella tiene de asombroso en relación con el ambiente natural de los distintos sectores espaciales del Antiguo Continente.

Pero, transcurridas casi dos centurias, estas hermosas comarcas volverían a ser el escenario de hechos de trascendencia en la historia y en la formación de la nacionalidad colombiana:

La explosión demográfica de las familias de las partes altas del Oriente de Antioquia y la pobreza y el cansancio de las tierras de los batolitos, provocaron en la última década del siglo XVIII y primeras del XIX, una migración masiva hacia lo que posteriormente se llamó "Frontera del Sur" a donde se desplazaron grandes grupos campesinos y de áreas semi-urbanas, en la búsqueda de mejores oportunidades económicas para levantar su numerosa prole. A estas circunstancias se sumaron el desplazamiento forzoso de muchas de las gentes que se vieron involucradas en las contiendas civiles de 1860 y 1876, y posteriormente la prosperidad comercial, primero de la *élite* de Medellín y después de la de Manizales, que financió la expansión del cultivo del café hacia estas tierras, especialmente aptas para esta industria y que en breve irían a convertirse en la primera región productora del famoso grano, en torno al cual ha girado por más de una centuria la economía nacional.

Es justamente ésta la época en que florece la actividad de la g.uaquería, estimulada por la riqueza en piezas de oro en las ofrendas funerarias de las antiguas tumbas. Al ritmo del hacha que descujaba la selva, el instrumento mágico de la media caña detectaba la existencia de estos depósitos sagrados de las legendarias tribus y que si bien fueron rescatados en forma empírica y en parte destruidos, revelaron al mundo culto los alcances de las culturas indígenas que aquí florecieran y estos materiales fueron de gran significación para el estudio de problemas arqueológicos de Colombia y de América. Por for-

tuna nos quedó una crónica detallada de la mayor parte de estos hallazgos: la obra "Recuerdos de la Guaquería en el Quindío", escrita, aquí en Armenia, por don Luis Arango C., constituye ya un libro clásico en la literatura arqueológica de Colombia, es herramienta de primera mano para el estudio de las reliquias prehispánicas que quedaron en estos contornos y seguirá siendo una admirable orientación para las investigaciones que sobre estas culturas se emprendan en un futuro.

Cerca de ochenta cacicazgos había a la llegada de los españoles en el territorio que hoy corresponde a Quindío y Risaralda. Una de las más importantes agrupaciones era la de los Quimbayas, calculados por Don Juan Friede, con base en documentos de los archivos, en cerca de 20.000 indígenas, que moraban en torno al río Consota, en las vecindades de Pereira.

Sin embargo, este patronímico alcanzó gran difusión y su conocimiento llegó a Europa desde finales del siglo pasado, porque los historiadores Vicente Restrepo y Ernesto Restrepo Tirado lo acogieron para identificar todos los objetos arqueológicos que procedentes del Viejo Caldas, norte del Valle, occidente del Tolima y sur de Antioquia, fueron enviados a la exposición Ibero-Americana que se abrió en Madrid, con ocasión de la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América. "El tesoro de los Quimbayas", se denominó también la hermosa colección de piezas de orfebrería, las más extraordinarias encontradas hasta ahora en territorio colombiano, obsequiadas a la reina-regente María Cristina, en reconocimiento de sus buenos oficios en la terminación del laudo arbitral en la frontera con el hermano país de Venezuela, en 1891. Este fastuoso tesoro, está formado por más de un centenar de objetos, entre los cuales se encuentran más de diez piezas maestras, halladas en la finca "La Soledad", en el municipio de Filandia.

Años más tarde, don Ernesto Restrepo Tirado publicaba su bien conocida obra "Ensayo Arqueológico y Etnográfico de los Quimbayas", consagrando así esta denominación con la extensión y el alcance señalado antes.

Bien está, pues, que sea en la ciudad de Armenia en donde se proyecte ahora el "Parque Museo Quimbaya", como un primer paso para mantener fresca la memoria de los portentosos orfebres y ceramistas que aquí vivieron en tiempos remotos y para impulsar investigaciones arqueológicas encaminadas a saber más de su origen y del proceso de su evolución cultural; la memoria de los arrojados capitanes y soldados peninsulares, que, con Jorge Robledo a la cabeza, lo arriesgaron todo por ensanchar los dominios de su rey y para consolidar la expansión del legado religioso y cultural del mundo hispánico; para conmemorar lo que bien podría considerarse como la epopeya del impulso colonizador de la raza antioqueña, que en las tierras de lo que hoy son

Caldas, Quindío, y Risaralda, acrisoló todavía más sus virtudes y conservó la dignidad del señorío criollo, creador constante de cultura, de progreso social y de riqueza nacional.

Armenia, que se apresta desde ya para celebrar dignamente el primer centenario de su fundación, podría presentar así, con orgullo, a nombre de Quindío y Risaralda, el testimonio fehaciente de una historia que hunde sus primeros capítulos en los orígenes americanos y que constituyen los últimos un ejemplo de lo mucho que puede hacer un pueblo cuando tiene una vocación de progreso y un propósito entusiasta y decidido de engrandecimiento patrio.

Luis Duque G.

### **PALABRAS EN HOMENAJE AL DOCTOR DANIEL SCHLESINGER RICAURTE, PRONUNCIADAS POR EL DOCTOR JUAN MANUEL OSPINA RESTREPO SUBGERENTE CULTURAL:**

Quienes conocieron de cerca al doctor Daniel Schlesinger, cuentan numerosas anécdotas acerca de este hombre singular.

Notable economista, gran catedrático, excelente funcionario, hizo sin embargo de la música la gran pasión de su vida. Desde niño, ayudado por sobresalientes maestros se inició en el conocimiento de este hermoso arte.

Con rigor, con disciplina teutónica estudió la música por la música misma. Porque encontró en sus matices y significados una manera de comunicación y un rito para la búsqueda de la belleza con el que estuvo ligado hasta la muerte.

Todos los días, sin excepción, dedicó varias horas a desentrañar los enigmas instrumentales, las melodías y el bello canto.

Era sencillo aficionado entre maestros, y un maestro para los aficionados, pero a todos trataba con la más respetuosa seriedad.

Dos veces, únicamente dos veces, venció el drama terrible que le significa a los artistas enfrentarse solitarios en una sala abigarrada a un instrumento y a un público.

Empujado por quienes conocían sus capacidades se presentó en 1980 en esta misma Sala con obras de Scarlatti, Mozart, Schumann, Brahms, Chopin y Debussy. Antes lo había hecho en la Sala de Música del Museo Nacional frente a un auditorio formado por sus alumnos. En ambas oportunidades los conciertos fueron un éxito. Pero, aún se recuerdan las peripecias, las indecisiones, los denodados esfuerzos que

acongojaron al maestro por haber logrado romper su característica resistencia para interpretar en un Auditorio. Heredero de una tradición familiar, fue siempre exigente coleccionista y un gran lector de música.

Inclinado por los temas románticos: Chopin, fue su preferido. Gustaba del canto con gran intensidad y frente al piano sustraía la parte "cantabile" en la cual se entregaba en plenitud: con ímpetu, con vuelo profundo. En el concierto de la Luis Angel Arango el doctor Roberto Villaveces debió cambiarle el título a la Sonata para "El matrimonio de la Reina María" por el de "Sonata para el cortejo de la Reina". Así logró serenarlo y darle la necesaria lentitud que la pieza exigía.

Daniel Schlesinger es un ejemplo de cómo pueden combinarse las disciplinas monetarias con el genio creador.

Trabajaba por igual los áridos temas de la macroeconomía con las dulces notas de un Debussy.

Era tan grande su sencillez que siendo bisnieto del maestro Ponce de León, durante muchos años buscó la partitura de la primera ópera compuesta en Colombia por su bisabuelo: "Florinda". Opera que fue presentada ante el Presidente Núñez, en 1880.

El maestro Schlesinger indagó por ella hasta cuando la descubrió en un voluminoso libro musical que colocaba en su asiento para alcanzar el piano.

El doctor Schlesinger permanece en el recuerdo de quienes fueron sus compañeros de trabajo y de aficiones.

Hoy, le rendimos emocionado homenaje sus amigos, sus compañeros y aquéllos que en la Subgerencia Cultural recibimos sus luces y consejos para hacer de nuestra Sección Musical un motivo de orgullo del Banco y del país.

Le rinde también homenaje el selecto grupo de artistas e intérpretes que esta noche se congregan con nosotros en este lugar, que fue suyo, al cual quiso entrañablemente y en cuyos espacios sobrevive la memoria de este hombre afable, caballeroso, de quien puede decirse aquéllo que Borges dijera del Gaucho Legendario:

"Nadie podrá olvidar su cortesía;  
Era la no buscada, la primera  
forma de su bondad, la verdadera  
Cifra de un alma clara como el día".

Bogotá, junio 19 de 1984